

Morir bajo el disfraz del mal

Leda Rendón

En 1885 Robert Louis Stevenson escribió en tres días *El extraño caso del doctor Jekyll y Mr Hyde* durante terribles crisis de tuberculosis. El proyecto ejerció en él una influencia casi demoníaca que lo hacía aferrarse a las mieles de la vida. En ese momento ignoraba que este concentrado puro de sus demonios y obsesiones, envuelto en un aura de bondad, marcaría los precedentes de la novela moderna. El protagonista y el antagonista eran claramente la misma persona. La batalla se llevaba a cabo dentro de un solo cuerpo que mostraba su corrupto interior en forma de Hyde y cuya cáscara, Jekyll, sonreía desde el pináculo de la soberbia, la lujuria y el falso control del mundo. Hay en esta pieza un tercer y un cuarto *yo* del héroe. Al tercero Nabokov lo llamó “Jekyll residual”: una especie de conciencia que flota en torno a Hyde y lo domina. El cuarto *yo* podrían ser “los bebedizos” que al final terminan ganando la batalla.

El primero que entra en acción es Hyde mediante el relato de Utterson, el notario de Jekyll. El logro máximo de Stevenson está en que cada uno le puede poner el rostro que quiera al demonio que encarna Hyde, ya que hace más bien referencia a las sensaciones que provoca en las personas. Utterson dice que vio por primera vez a Hyde una madrugada en que la bestia chocó con una niña y pasó sobre ella como si nada. Los familiares y los vecinos se juntaron en torno a la alimaña y no lo dejaron escapar hasta que pagó la cantidad de diez libras. El cheque estaba firmado por el doctor Jekyll. El cuarto *yo*, el bebedizo, controla los ánimos del héroe bicéfalo, doble cara. Es el Dios, al que tanto Hyde como Jekyll le rinden pleitesía. Es esta deidad hipócrita la que da unos cuantos placeres, pero a cambio se queda con la vida y el alma de su creador. Al final

no es ni el bien ni el mal los que toman el control. Las ansias de Jekyll por hacer una sustancia que le perdone sus deslices, que incluyen el asesinato de un miembro del parlamento inglés y de Lanyon —su amigo—, lo tienen preso. Jekyll es perfectamente consciente de sus actos cuando es Hyde. Es así que no le preocupan los hechos en sí mismos, no siente culpa. Lo que le angustia es su imagen pública.

Vladimir Nabokov escribió un espléndido ensayo en su *Curso de literatura europea* en el que asegura que Jekyll no es tan bueno y Hyde no es tan malo. De acuerdo. Jekyll sigue dominando cuando se transforma en Hyde, si no, ¿por qué regresaría a su forma básica: Jekyll? No hay nada que discutir. ¿Pero qué controla a Jekyll? ¿Qué lo obsesiona? Acaso la ilusión de que puede manejar a la sustancia, controlar, por lo tanto, el mundo que lo rodea; y engañarlos, engañarse. Pero en esta lucha él siempre saldrá perdiendo. Mucho se ha especulado acerca de que Jekyll y su contraparte, Hyde, tienen un comportamiento parecido al de algunos alcohólicos. Es posible. También se podría parecer al comportamiento de un heroinómano. La verdad es que son adictos a un brebaje específico, que surgió de la imaginación febril del autor de *La isla del tesoro*. *El extraño caso del doctor Jekyll y Mr. Hyde* es una perfecta descripción del alma humana modificada por el consumo de una sustancia. Por otro lado, resulta extraño que se hable poco de la vida sexualmente corrompida de Hyde.

Porque ella, la sustancia, es uno más, simplemente porque Jekyll y Hyde ponen su conciencia en sus manos. Se depositan en ella como su Señora. Finalmente, el doctor Jekyll, como no se puede controlar a sí mismo, vive la ilusión de controlar una cosa

inerte que él creó. Llegamos a un momento en que sólo en ella confía. Y ella lo aniquila. Por si esto fuera poco, muere como la encarnación del mal porque, ¿de qué lado puede estar alguien que es dominado por una sustancia inerte? Por otro lado, Hyde es una potencia de la naturaleza, es una deidad destructiva, que, paradójicamente, busca el castigo. Así, la muerte es la obsesión final porque la sustancia ya no hace un efecto que él pueda manejar. Los otros personajes son una especie de liga con el mundo. Pero él ya no actúa de forma lógica, es un hombre perdido en la oscuridad de su sombra. “Bienvenidos al infierno”, parece decir Stevenson.

Stevenson parió a dos monstruos que mediante bebedizos pasan de un estado a otro de la conciencia. Esta historia habla sobre el alma humana que se nutre de la envidia, el resentimiento y el odio. La bondad es aniquilada. El mal habita cada rincón, la obsesión es el sino de los héroes. El protagonista vive la fantasía de que controla al monstruo que se esconde en sus entrañas. Estamos frente a una de las más alucinantes piezas de todos los tiempos, pero pocos la han leído. Por eso, al acercarse a ella hay que tener en cuenta que es una obra del siglo XIX. Los personajes resultan un tanto acartonados y de moral extraña. Es una obra pionera en el planteamiento de la figura del doble (antes sólo E. T. A. Hoffmann había explorado la idea). Después aparecerían Dostoyevski, Pessoa y Borges que hicieron del *doppelgänger* un estilo. Pero es el cine actual el que explota esta figura y hace al antihéroe necesario. *El extraño caso del doctor Jekyll y Mr. Hyde* es un canto perverso de liberación de la conciencia dominada por agentes externos al individuo. Strindberg parece tener razón en esta ocasión cuando dijo: “el que ve a su doble es que va a morir”. **U**